

mensajeros del verano, mensajeros de las vacaciones, de la marcha y de la libertad.

Además, yo contaba con no volver á aquella morada obscura.....Y, en efecto, así sucedió; me dieron permiso para tomar vuelo, y lo tomé tal, que me llevó muy lejos; no me volvieron á ver por aquel barrio.

Usted sabe, amigo Plumkett, que si bien nunca estuve encerrado en ningún colegio, tampoco volví á languidecer en el barrio Latino. No permanecí allí más que un año escaso; sólo el tiempo preciso para tener idea de él. He frecuentado, como todos los demás, los establecimientos de la orilla izquierda del río; pero me eran desagradables y tenía allí las maneras desiguales—bruscas ó tímidas—espan-tadas, de un pájaro que se hubiera cogido ya demasiado grande para poderse enjaular; he experimentado muchos asombros y he sacado de allí recuerdos de cosas ruines, estremecedoras, malsanas. Hay genios que han cantado aquella vida; yo no he comprendido nunca la poesía de la buhardilla, de la griseta, ni del club ó del café.

.....Un último murciélago pasa por delante de mí atraído por los otros; pero éste es más grande; pertenece á la especie horrible de las rusetas (1),

(1) Grandes murciélagos de las Indias.—(N. del T.)

que habitan las regiones más cálidas de la tierra.

Conocía yo en la costa de Guinea á un viejo corsario, que se llamaba el padre Barez (esto era mucho después, tenía yo próximamente veintitres años, y ya había recorrido las cinco partes del mundo). Era el padre Barez un viejo especial, raro, muy conocido en las casas de comercio de la costa; tipo de una especie ya hoy extinguida; mulato no sé de dónde, expirata y negrero que vendía, cuando tenía demasiadas, las negras y los hijos que con ellas había tenido, adjudicándolos, en junto, al mejor postor; traficante de todo, negociando siempre dentro de su esfera.

Era, por lo demás, un hombre valiente, y decía riendo y enseñando sus dientes blancos: «Amigos míos, cuando yo me las lie, podré al menos decir que he vivido.» Y era verdad; había vivido esa vida excéntrica y tormentosa de los antiguos corsarios, y hasta había tenido su hora de fortuna y esplendor; aún se veían, en un rincón del país *mandinga*, los restos de un palacio fantástico, que se había hecho construir en otro tiempo para dar en él fiestas extrañas.

Al final de su vida se había hecho eremita, obteniendo del gobierno francés el mando del río Ponga, y se portaba maravillosamente, gracias á los cono-

cimientos y amistades que desde antiguo tenía con los jefes negros, pudiendo decirse que era dueño de la situación.

Un día supimos que el padre Barez había muerto, y nos trasladamos en seguida al río Ponga, que se encontraba á causa de este suceso entregado á las facciones y á la anarquía. Cuando llegamos, la casa del viejo pirata, situada á la sombra de sus árboles exóticos, estaba cerrada y atrancada; nadie había entrado allí después de haber sacado al muerto y nos esperaban para hacer el inventario. Al abrir la puerta, se escapó del interior un calor concentrado, un aire irrespirable; objetos extraños estaban esparcidos por todas partes en ingrato desorden, y pegada al muro había una ruseta oscura, que dormía con la cabeza baja, como es costumbre en los murciélagos. Se despertó espantada cuando vió entrar la luz, y desplegando sus membranas calientes, empezó á volar con corto vuelo, tropezando con todo como una loca. Un marinero bretón, que tenía miedo, la mató de un bastonazo, diciendo:

«¡Esta es el alma del viejo!» Yo fuí del parecer de aquel muchacho; no podía ser, en efecto, sino el alma del viejo que, no pudiendo volar más alto, había venido bajo la forma de aquel horrible animal á pegarse al muro.

Aun tengo en mi casa esta ruseta en un gabinete consagrado á las cosas inverosímiles y á los recuerdos disecados de mis paseos por el mundo. Está conservada en un frasco de espíritu de vino, con la cabeza á un lado y la lengua fuera, y como su vista no es agradable, la he ocultado un poco detrás de un caimán.

Hay sobre el frasco una etiqueta, algo amarilla por los viajes que ha hecho por mar, pero donde se puede leer: *Alma del padre Barez*. Durante su vida, tenía el viejo negrero la costumbre de decir que el diablo heredaría su alma; pero se engañaba, porque fuí yo quien la heredé.....

Plumkett.—Es lo mismo. Pero ¡qué quiere usted! después de todo, aquel viejo se tenía bien merecido acabar en las manos de usted.

Tercer clavel de la India.

No se está bien en ninguna parte, mi querido Loti, en vista de que todo aburre al fin. No sería malo, por tanto, cambiar de sitio de tiempo en tiempo. ¡Un cierto lugar, *nulo*, hecho de inconsciencia universal y de aniquilamiento absoluto sería hermoso! Exista ó no esa nada, eterno sueño sin

ensueños, más dulce que todas las fantasías, yo la amo.....

¡Cuán dichosos seríamos si pudiéramos dejar en cualquier parte esta vestidura de carne y hueso, destinada á producir el *humus* para las generaciones futuras! Piense usted que nos es preciso alimentarla, vestirla, presentarla convenientemente en el mundo, y que, como única recompensa, nos arrastra á multitud de tonterías.

¡Qué bello debe ser el momento en que vuela nuestra alma, como brillante mariposa de doradas alas, lejos, muy lejos de esta crisálida grosera! (Perdone usted, querido amigo, este símil de la mariposa de alas doradas, que acaso no es ya muy nuevo). Y si esto que se desprende de la crisálida es *nada*, tanto mejor.

Se podía ensayar este salto á lo Desconocido; pero ¿sería un vuelo, una caída ó todavía *nada*?..... Y además, nuestra falta de costumbre de la cosa (ya que ésta no sucede nunca más que una vez) nos detiene siempre, y retardará sin cesar el día más hermoso de la vida, que es el de la muerte.

Esperando, pues, la llegada de este feliz momento por la marcha destructora del tiempo ó de los sucesos, vamos á pasear los dos. — ¿Quiere usted?

Si cada uno se despojara antes de partir de todo

lo que debía dejar, no quedaría nada. Entonces nadie partiría; no habría paseo y, por consiguiente, tampoco relato, ni mucho menos *clavel de la India*. Sólo páginas en blanco. Pero el público, capaz de apreciar una literatura semejante, no existe apenas en nuestro país, donde la civilización está aún relativamente en la infancia. Yo no veo quizá más que en Oriente, entre esos pueblos milenarios, llegados al *summum* de la sabiduría por las contemplaciones perpetuas, en las cuales ocupan felizmente sus vagos pensamientos, un público capaz de encontrar más interés en esas páginas en blanco que en cualquier otra cosa, y aún sería necesario buscarlo, sobre todo, entre los fakires y derviches.

Entre nosotros es preciso que estas páginas se cubran de menudos caracteres negros, alineados y puntuados. Sacrifiquémonos, pues, al falso gusto del día, como tantos otros lo han hecho antes que nosotros: tiene que haber un relato dos viajeros y un *sitio cualquiera* por donde se paseen.

¿Dónde iremos? He aquí la cuestión. ¿Qué haremos? ¿Qué diremos? No reflexionemos, porque no partiríamos. No pensemos en lo que vamos á hacer, porque no haríamos nada; ni en lo que vamos á decir, porque siempre es mejor callarse que hablar. *Nada* vale más que *cualquier cosa*.

Usted creará, ¡oh, sencillo y difuso Loti! que le voy á llevar á eso que los pasantes de abogado llaman «las altas esferas del ideal.»

Seguramente que no: el ideal es al cabo y al fin demasiado tonto. Y demasiado vulgar también, puesto que todos tienen en él su parte. Será más prosáico nuestro viaje; iremos á China, para descansar de la Polinesia y los países musulmanes de usted, que están ya completamente gastados.....

Pero, espere usted; es preciso procurar la verosimilitud de este relato del paseo en común; es evidente que nosotros no hemos podido combinar tranquilamente este viaje como dos buenos compañeros que se preparan á caminar juntos, cambiando impresiones gratas y humorísticas; porque siguiendo nuestros hábitos, nos pelearíamos antes de marchar y, por último, no nos iríamos.

—«¡Dios mío, qué pesada es esta partida! ¿Partirán ó no partirán estos dos viajeros?»—se pregunta el lector con inquietud.

«Sí, señor; un poco de paciencia: ya se sabe que cuando se va á emprender una marcha, ocurren siempre nuevos entorpecimientos antes de ponerse en camino. Un poco de paciencia; vamos á partir al despuntar la aurora, que será una aurora boreal.

¿Está usted contento?

Vamos; arreglemos de prisa alguna cosa verosímil: nos hemos encontrado por casualidad en uno de esos sitios frecuentados, frívolos, comunes á todos, donde todo el mundo se encuentra, como, por ejemplo, sobre el hielo de la bahía del Pé-tchili, á la una de la madrugada, una noche de invierno. Yo estaba vestido con un sayón de pelo de camello y muchas pieles de animales por encima. Largos cabellos blancos postizos, cayendo sobre los hombros; larga barba blanca postiza; una alforja á la espalda y un real en la mano. Usted, con el cuerpo encerrado en una elegante casaca de terciopelo, guarnecida de pieles, envuelto en una gran capa muy romántica; sobre la frente un «signo fatal,» y en la cabeza una linda gorrilla con un airón encarnado.

Nosotros habíamos tenido la idea de ataviarnos así, ya sabe usted por qué: á fin de no reconocernos, en el caso de encontrarnos paseando nuestro hastío en el mismo punto de este planeta—que siempre ha sido muy pequeño para nosotros dos, pues que nunca hemos podido ir á ninguna parte sin encontrarnos uno con otro.

De esta manera verá usted que la conjunción ha ocurrido por casualidad, y el primer encuentro mútuo podrá ser satisfactorio.

.....La planicie de hielo se extiende por todos la-

dos, hasta perderse de vista. La fantástica luz de la aurora boreal, prometida al paciente lector, lo inunda y colorea todo de un modo soberbio.

Loti.—Déjeme usted describir esta aurora, *Plumkett*; esto me divertirá. Yo he visto tantas en los mares del Norte, durante mis noches de guardia, que sabré referirla muy bien.

Usted decía.....

«La luz boreal lo inunda y colorea todo espléndidamente.....» la noche, el desierto. A través de los cristales chispeantes de los témpanos que nos rodean, los reflejos luminosos se descomponen, y el arco iris, mil veces repetido, esmalta el firmamento de hermosos colores, pareciéndonos que caminamos por un mundo cubierto enteramente de piedras preciosas. Por encima de nuestras cabezas se ciernen nubes de un rojo sombrío, de un intenso color de sangre, y plácidos resplandores cruzan el cielo como colas de cometa. Millares y millares de ellos arrancan de una especie de centro misterioso, perdido en el fondo de aquella obscura inmensidad, el polo magnético. Manojos de rayos avanzan deformándose, reapareciendo y ocultándose ó extinguiéndose. Esta extraña magnificencia cambia y se renueva.

Es el esplendor de esa fuerza inexplicable, des-

conocida, á la que se ha llamado magnetismo. Ese poder oculto celebra en las regiones hiperbóreas una gran fiesta en esta noche de invierno que deslumbra, desvanece, inquieta, produciendo el espanto de lo inexplicable, incomprensible, espectral.

Una especie de estremecimiento continuo agita toda esta luz; parece que se la oye retumbar y chisporrotear—pero se escucha—y nada..... No es más que una gran fantasmagoría silenciosa. Es un fuego frío y muerto; en aquel cielo y sobre aquel mar helado el silencio es absoluto.

Plumkett.—Está bien eso. Ese medio grandioso, obrando sobre nuestros nervios, nos coloca á *Loti* y á mí despojados de toda frivolidad, en condiciones apropiadas para dispensarnos una buena acogida.

Yo interpele á usted primeramente: «Yo soy *Ahasvérus*, llamado el Judío Errante, con veinticinco céntimos en el bolsillo y la necesidad de dar la vuelta al mundo, sin otros recursos pecuniarios, desde hace mil ochocientos cuarenta y nueve años, hasta el Juicio final. Y tú, joven, que has debido oír mi mísera leyenda, ¿quién eres? Usted responde: «Yo soy Childe-Harold. He bebido en todas las copas; me he embriagado con todos los néctares, y he sentido también la acritud de todos los odios. He

respirado todos los perfumes y todos los miasmas pestilentes, aunque soy joven todavía. Llevo en la frente un signo fatal que tú, anciano, puedes ver; miralo entre los dos ojos. Y aburrido de todo y extenuado, busco otra cosa mejor.»

Ahasvérus.—«Tus discursos no me parecen claros, joven; pero es igual, tú me agradas. ¿Vas al Norte ó al Mediodía?»

Childe-Harold.—«Voy á donde el viento lleva las hojas desprendidas de las ramas.»

Ahasvérus.—«Y bien; justamente yo tambien voy allá. Ven conmigo, y mi edad madura podrá atemperar los ardores de tus pasiones, que me parecen un poco desarregladas; mi experiencia, diez y nueve veces secular, guiará tu juventud.....»

Y hénos ya uno al lado del otro, caminando sobre el hielo, convertidos, yo en Judío Errante y usted en héroe byroniano.

Loti.—Ahasvérus y Childe-Harold están desfigurados, mi pobre Plumkett, y la historieta de usted hace fiasco completo.

Plumkett.—Nosotros cambiamos impresiones muy interesantes. Yo le hablo á usted de mis mil ochocientos cuarenta y nueve años de viajes; en mis relatos, enseñó á usted una *otra parte* perpétua, y le mantengo así bajo el encanto de mi conversa-

ción. Usted, creyendo contarme algo nuevo, me confía idilios, cuyas heroínas, pertenecientes á todas las razas humanas conocidas, tienen las costumbres más extrañas. Y en sus discursos, las palabras: *perfumes exóticos, encanto oriental, calma tibia, calor enervante, arenas ardorosas, inmensidad plana ó planicie inmensa*, y otras frases semejantes repetidas muy á menudo—el conjunto acompañado de mucha desesperación y amargura.....

Entre tanto, en el horizonte vemos surgir, delante de nosotros, pequeños puntos negros.....

Loti.—Permitame usted, Plumkett; es necesario pensar en extinguir nuestra aurora boreal, porque la noche supongo que avanza y el día va á llegar muy pronto.

Las nubes que al principio se parecían á la sangre, vista al trasluz, han cambiado poco á poco de color. Las unas, han tomado un tinte sombrío; las otras, un rosado triste y moribundo.

Los grandes rayos pálidos se van ocultando, á la desbandada, en el inmenso cielo; se diría que han perdido su centro; se diría que los han desatado, rompiéndolos y tronchándolos: por el lado del polo, sus cortes son limpios como hechos á tijeretazos. Solamente se sostienen entre sí los rayos pálidos, yuxtapuestos en largas séries móviles y tembloro-

sas. Parecen bandas de una gasa luminosa, rizada en pliegues pequeños.

Soplos misteriosos, que no se sienten sobre la tierra; soplos magnéticos, agitan dulcemente estas telas de fuego; se enroscan en espirales ligeras ó se despliegan como banderolas impalpables, extinguiéndose siempre. Últimos resplandores, casi lividos, aparecen aquí y allá sobre las nubes. Y últimos girones de aquella gasa luminosa se arrastran al azar, en el espacio, temblando sin cesar. Poco á poco se hacen más diáfanos; son tan vagos, que apenas se les puede seguir, y tan ténues, que se pierden de vista. No son apenas nada. La luz polar se ha extinguido ya. La aurora boreal acaba de morir. La noche negra y helada nos envuelve y nosotros no vemos más, en medio de ese caos desgarrado, que una mar coagulada.

.....
Plumkett.—Dispense usted; nuestros ojos están acostumbrados á la obscuridad, mi querido Loti, y podemos aún dirigirnos perfectamente. Por otra parte, yo veo la primera claridad indecisa del día de invierno que nace. Ante nosotros, como le decía á usted, vemos surgir sobre la línea del horizonte pequeños puntos negros, que se convierten en masas que insensiblemente suben, suben á medida

que nos aproximamos y se elevan al fin rápidamente por encima de la superficie bruñida y reflectante del golfo helado.

Una línea morena ó parduzca viene en seguida á reunir estos pequeños islotes esparcidos, que toman á nuestros ojos aspectos formidablemente guerreros: esta es la costa del *Pé-tchili*, la entrada del *Pé-ho* ó río del Norte: son los fuertes de *Ta-kou*; es la China!

Nos situamos en medio de diversas obras en tierra, y descubrimos la embocadura estrecha y tortuosa del río. Allí, el hielo es opaco y de un amarillo terroso: esto no es agua, sino cieno helado.

Lentamente el día aparece.

Sobre cada ribazo se levanta una formidable ciudadela, flanqueada con enormes baluartes á la europea, con troneras, que dejan ver los cañones Armstrong. Sobre cada una de estas ciudades flota un ancho pabellón amarillo, especie de banderola desatada, sobre la cual se vé un dragón verde tratando de cojer con los dientes una gran bola blanca, que representa la luna. Es el pabellón del *Tien-tze* ó Hijo del Cielo, soberano de ese *Tchoung-koué* ó Imperio del Medio, en el seno del cual penetramos.

Hay algunos hombres en las murallas. Están ves-

tidos con anchas casacas negras, bordeadas de galones encarnados; tienen sobre el vientre una bola roja y llevan en la espalda los dos caracteres *tang-ping*, que significan *soldados* (nosotros reconocimos por estos signos su posición social.)

Están cubiertos por unos pequeños turbantes negros, en rededor de los cuales se arrolla su cabellera trenzada en una sola trenza.

Examinamos aquellas caras patibularias de bandidos. Tienen expresiones crueles y sencillas, feroces ó risueñas; narices cortas, chatas y agujereadas; ojos pequeños, oblicuos; bocas anchamente hendidas y barbas hundidas. Todos gesticulan, moviéndose y gritando al ver á los dos extranjeros que llegan. ¡Si pudieran darse cuenta de aquello que pasa en su cabeza! Su cerebro de chino estallarfa.

.....
 Una planicie pantanosa, que no tiene fin, salpicada aquí y allá de extensiones brillantes, que son charcos de agua helada. Una gran aldea, montón de cabañas pequeñas hechas de tierra, cuyo color se confunde con el del suelo. Después otro pueblo, siempre del mismo color terroso; después otro, y otro más. Las gentes, cubiertas de pieles de animales, como los esquimales, con largas coletas siem-

pre y los ojos sesgados, que bullen, que van y vienen como las hormigas, que se detienen sobre los ribazos, que se reúnen en cuadrillas, abriendo mucho los ojos pequeños y taciturnos, y al vernos gritan á voz en cuello: ¡*Koué-tsé, Koué-tsé!* (¡Hijos de los diablos!)

En la plaza, un gran vaivén de carretas, de trineos, de hombres montados sobre asnos, de peatones, todos redondos como bolas, cubiertos con pieles de animales.

Sobre los ribazos, allí donde no hay casas, interminables alineaciones de *juncos* (1) atados en seco, pintados de colores fuertes, con las proas representando bocazas de mónstruos.

Después, más pueblos terrosos, aún más *juncos*, más hormigas humanas, más trineos sobre el hielo; fuertes aspillerados, con banderas y gallardetes amarillos; los *Tang-ping*, con sus bolas rojas sobre el vientre negro. Y la gente desgañitándose, ahullando: ¡*Koué-tsé, Koué-tsé, Koué-tsé!*

—«Vamos á alquilar ese carro que pasa—dijo Ahasvérus—Plumkett,» y en tres dias habremos llegado á Pekin.

(1) Embarcaciones indias —(N. del T.)

¡Si usted supiera, Childe-Harold, todo el mundo de pensamientos que se despierta en mí, al considerar simplemente esta carreta de dos mulas que vamos á tomar!.....»

Piense usted, mi querido amigo, que seiscientos años antes de nuestra era, el sábio *Koung-Tou-Isé* viajaba como nosotros en una carreta, exactamente igual á ésta, á través de este inmenso imperio que entonces se parecía mucho á lo que es hoy. Las carretas chinas ¡oh Childe-Harold! no han tenido evolución, según la ley de Darwin; su especie ha permanecido estacionaria.»

Childe-Harold-Loti.—«Pero yo no me engaño, no..... ¡Estos discursos enfáticos y desconcertados, esta ostentación de ciencia moderna mal digerida!.....» ¡Este no es Ahasvérus, es—Plumkett!.....»

El falso Ahasvérus arranca su peluca, su barba y su nariz postizas. Loti borra el *signo fatal*, trazado con tinta sobre su frente; arranca el airón rojo de su gorrilla, que tiene todo el aspecto de una simple toca inglesa, y su casaca, que, mirada atentamente, no parece ser más que una chupa de gomoso. Se precipitan uno en brazos de otro, y el placer de encontrarse les hace olvidar por un momento el enojo mútuo que se producen de ordinario.

.....

¡En camino para Pekin! ¡Clic! ¡Clac!..... «¡Tá, tá, tá!»—grita nuestro cochero, y las dos delgadas mulas echan á andar al trote. Nuestro vehículo está montado sobre un par de enormes ruedas y cubierto de una tela azul, destinada á protejernos contra el viento lleno de polvo del Norte. Aquellas mulas tienen principios inquebrantables, que les prohíben andar más de cuarenta *lis* por hora (cuatro kilómetros).

El paisaje que tenemos ante la vista consiste en una nube de polvo, venido expresamente de Mogo-*lia*, para hacernos rabiár: todo lo envuelve. «Loti, no se tome usted el trabajo de mirar hacia afuera porque no vería usted nada, ni me hable usted tampoco, porque al abrir la boca se tragaría usted kilogramos de polvo. Estése usted quieto, bien arropado, como un groelandés y, sobre todo, no se duerma usted, porque correría el riesgo de helarse bajo sus pieles.»

«Por lo demás, este viajecito sólo durará tres días, y tendremos por distracción la vista de nuestro mayoral, horroroso ganapán chino, sucio desde la cabeza hasta los piés, y redondo como un *poussañ* bajo sus siete ú ocho capas de piel de cabra.»

Cuando el carruaje está ya en camino, es decir, cuando las dos grandes ruedas están bien encajadas

en las rodadas que representan los caminos de hierro chinos, se duerme con un ojo, las mulas se duermen también, y toman el aspecto de sonámbulas.

A cada momento hay pasos difíciles, como, por ejemplo, el cruce del *Pé-ho*: comienza por una peligrosa bajada, que dá vueltas desde lo alto del cerro hasta la superficie del río. Vaivenes, choques violentos sobre montones de cieno y de inmundicias heladas. Después, la ascensión á la otra orilla. La mula delantera viene voluntariamente, y con aspecto inteligente, á colocarse al lado de la rueda de la izquierda. «¡Tá, tá, tá!»—grita el mayoral fuera de sí, saltándosele de las órbitas los ojillos oblicuos, y el inteligente animal se abalanza contrayendo sus patas delgadas. «¡Tá, tá, tá!» Ya hemos entrado en camino firme, continuando nuestra marcha por la interminable llanura.

¡Todavía hay que volver á pasar el *Pé-ho*! Este río nos intercepta el camino expresamente. Pero esta vez hay un puente en semicírculo. Nueva maniobra. «¡Tá, tá, tá!» y la carreta sube al punto culminante para rodar por la otra vertiente, con una rapidez inquietante, persiguiendo á los dos desgraciados rocines enloquecidos. Y siempre extensas y áridas llanuras. De cuando en cuando, filas de sepulcros de madera ó algunas siluetas melancólicas

de árboles sin hojas, y cuyas ramas habían sido quebrantadas por el viento. Todo esto, entrevisto entre dos avalanchas de polvo rojo, bajo un nebuloso crepúsculo de invierno..... Nuestro pensamiento se imagina trombas de polvo; cree oír el «¡Tá, tá, tá!»; se figura ruidos de campanillas, de vaivenes, rechinar de ruedas en los carriles, choques del viento que sopla con furia.....

Una cantidad de tiempo, que escapa á toda medida, se pasa durante esta incesante monotonía fría y estrepitosa.

A la entrada de la noche, todo aquello se torna en una visión, como la del que despierta de un sueño: nosotros caemos en una especie de embrutecedora pesadilla, y somos horriblemente zarandeados por aquellos dos deformes rocines, que se mueven en la atmósfera sombría y polvorienta, como las bestias del infierno.....

.....
Hacia la tarde del segundo día aparece en nuestro horizonte una pared vieja, parduzca y almenada, con baluartes separados unos de otros, como á un tiro de flecha.

Pertenece á *Tien-Tsin-Fou*, la ciudad de la *Pureza celeste*, donde viven novecientos mil seres humanos, que llevan, por lo general, una coleta de pelo en la